Procurad que la memoria de vuestro padre no se aparte de vuestro corazon, ¡o vosotros los que no podeis caminar con la luz de su pensamiento, ni enriquecer vuestra alma con los tesoros de su esperiencia y de sus consejos! Y que su sepulcro sea todavia para vosotros despues de su muerte, como un mojon ó señal puesto sobre el camino de vuestra vida, para indicaros el camino que debeis seguir, y el término á que debeis arribar.

El amor de un padre fortifica el corazon y corrobora la voluntad de sus hijos; su trabajo les enriquece; el padre se fatiga durante su vida, por dejar á sus hijos un descanso de que el mismo no ha querido gozar.

Conservad con cuidado en vuestro corazon la última bendicion de vuestro padre; y no contristeis su alma, que os está mirando desde lo alto, con acciones que os quiten el amor de Dios y la estimacion de los hombres.

Vestid vuestra alma de luto, ¡ó vosotros los que no teneis sobre la tierra sino la mitad de vosotros mismos! Y haced que el amor y la súplica os lleve sin cesar hácia el cielo por reuniros á la mitad que Dios os ha quitado, y que está alli como un mensagero de vuestra parte para anunciar vuestra prócsima llegada.

La salvacion de un esposo que ya está en el cielo, es como una prenda de la salvacion del que todavia está en la tierra; porque él que está alla habla sin cesar á Dios y á los ángeles de aquel otro á quien espera: y cuando llega este otro, no es alli desconocido; sino que los ángeles se presentan delante de él, y le saludan como un hermano á quien conocen y aman despues de mucho tiempo.

Acordaos que estar viudo, es estar vacio; vacio de alegrias, de placeres frívolos, de esperanzas terrestres; y no mintais á vuestro nombre y estado, llenando vuestro corazon de vanidades y miserias.

Amad al esposo que habeis perdido en los hijos que os ha dejado, y que son su imágen, y procurad que su vista refrigere continuamente en vos la memoria de su amor y la esperanza de reuniros prontamente con el, allá donde el corazon pueda dilatarse y estenderse en la eternidad.

No permitais que vuestros deseos se estravien y se pierdan en el tumulto de los placeres que lisongean los sentidos, ¡ó vosotros los que habeis visto caer en vuestra presencia al hermano que se ha alimentado con vosotros de la misma ternura, ó á la hermana con quien vosotros habeis partido las sonrisas de vuestra madre! y no turbeis jamás la tristeza de vuestro padre con la disipacion de vuestra vida.

Un hermano ó una hermana de menos en una familia, es una flor de menos en una rama; es un fruto de menos en un árbol; una esperanza de menos para lo futuro; un recuerdo de mas para lo pasado; una lágrima de mas para el caliz que Dios tiene puesto á la vista de cada uno de vosotros, y que nuestros dolores deben llenar hasta su borde.

Conservad preciosamente el perfume de la tristeza de que Dios ha impregnado vuestra vida, ¡ó vosotros cuya alma está viuda de un amigo! y que las huellas de su último suspiro no se borren jamás de vuestra memoria. Separaos del placer, como uno se separa del traidor, y haced que la alegria no entre en vuestro corazon sino como envuelta en el velo del recuerdo, como en un vestido de luto.

Estended vuestra mano hácia lo pasado, y pedidle frecuentemente que os hable del amigo que ya no ecsiste; y estended vuestras esperanzas mas allá de esta vida, á fin de que puedan entrever en la otra á aquel que os llama, y cuya súplica os hace señas para que vayais.

Para el que no tiene un amigo, la vida está sin atractivos, el placer sin dicha, el dia sin luz, y la naturuleza sin hermosura; porque no tiene con él el corazon por el que todo lo veia y por el que llegaban á su alma todas las alegrias y todas las esperanzas.

XLV.

A los ricos.

Todo lo que viene de Dios participa de cualquiera modo de su naturaleza; y sus dones tienen un poder que les es propio, el cual hace que ellos busquen necesariamente desarrollarse y multiplicarse con el uso. Cuando el hombre, en lugar de usar de ellos, les deja dormir y aun abusa de los tales dones, se vuelven contra el; ellos sirven de tormento para aquel que los posee, y los retiene contra los esfuerzos de su naturaleza. Y cuanto dicho poder es mas grande, tanto la reaccion que ejercen es mas imperiosa y molesta para aquel en quien se obra.

Asi vemos que el tiempo se vuelve contra el hombre ocioso que le disipa; la ciencia resiste á la inteligencia que abusa de ella; la luz deseca y consume el espíritu que quiere encerrarla en sí mismo; y las riquezas hacen la desgracia de aquellos que no las comunican á los otros por medio de la misericordia y de la caridad, sino que se ocupan únicamente en gozarlas ellos mismos.

Dios nada nos dá para nosotros; sino que cuando nos da alguna cosa, siempre es para él, ó para los demás. Dios es caridad; y todo lo que él hace ó da es caridad como el, caridad en su principio y caridad en su fin. La caridad es amor en el sacrificio. Como Dios no pudiese sacrificarse, porque todo lo ordena á sí mismo, se hizo hombre; y entrando en la humanidad, entró hasta lo mas íntimo del sacrificio, no deteniéndose delante de la muerte que quiso sufrir por redimirnos y darnos la vida.

La caridad es el amor de un objeto amado; y un objeto amado es aquello que nos cuesta mucho: y si nosotros somos tan amados de Dios, es porque le hemos costado dolores, lágrimas, sangre, angustias, sacrificios, la muerte. El hijo es amado de la madre que le ha producido al mundo, porque le ha costado grandes dolores y muchos cuidados. En el amor hay dulzura, placer y suavidad; en la caridad hay sacrificio y olvido de sí mismo.

El hombre no debe guardar para sí los dones que ha recibido de Dios; sino que debe hacerles fructificar por el sacrificio, y comunicarles por la caridad. ¡Desgraciados los aváros y los pródigos! porque vuelven los dones de Dios contra él, contra sus hermanos, y contra sí mismos: ellos se pierden por las mismas cosas que se les ha dado para su salud.

Todos los gastos que el hombre hace deben ser productivos, porque deben tener por principio y por fin la caridad, y por medio el sacrificio. Todos los gastos que se hacen no teniendo órden á la caridad y al sacrificio, todos los que nacen del egoismo y tienen por fin la vanidad, la fruicion y el placer, son inútiles ó peligrosos ó malos. El que obra así se llama pródigo, y este es tambien culpable, y acaso mas peligroso que el aváro; porque el desprecio que está ligado á la avaricia es un preservativo para muchos, mientras que la prodigalidad hace que el hombre sea apasionado de sí mismo, duro é inhumano para con los pobres.

No hagais mal uso de vuestras riquezas, ¡ó vosotros ricos de la tierra! porque sobre ello se os pedirá la cuenta mas severa. Poco importa que gasteis mucho; lo que importa es el uso que hagais de vuestras riquezas, y el fin al que las consagreis. Menos culpables sereis para con Dios y para con la sociedad, si guardaseis vuestro dinero en vuestros escritorios, que si lo disipais pervirtiendo al pueblo, haciéndole gastar el lujo, y destruyendo en él la simplicidad y la humildad cristiana. La ociosidad del dinero es menos funesta á un estado, que aquella actividad culpable é inmoderada á la cual se condena el que se sirve de él para hacer mal.

Hay gastos que son necesarios ya sea para la conservacion de

la vida, ya sea para satisfacer á las ecsigencias de una posicion en la cual podeis ser útiles á los demás. Estas no causan jamás remordimientos, siempre son productivas; porque conservan ó aumentan los medios para que hagais bien. Todo lo que dais para acrecentar la riqueza pública, ya sea fundando ó favoreciendo las instituciones que forman ciudadanos útiles y virtuosos por medio de una instruccion sólida y religiosa, ya sea levantando hospicios donde el dolor y las enfermedades pueden hallar un asilo, ahora aumentando el valor del suelo y sus producciones por medio de mejoras sábias é ilustradas, ahora doblando el precio del trabajo del hombre, perfeccionándole con métodos hábiles y juiciosos: todo lo que dais por un fin santo y útil es gastado noblemente; y un hombre semejante merece mejor las alabanzas de su pais á quien enriquece enriqueciendose así mismo, que el pródigo que se empobrece corrompiendo sus hermanos.

Un acto de virtud y de humildad, un sacrificio que hagais, un buen ejemplo que deis, un crímen ó un pecado que eviteis en vosotros ó en los demás, una buena palabra que digais, una accion generosa que inspireis, un hombre estraviado que reduzcais, un ignorante que instruyais, un paso que hagais hacer á la ciencia, una luz que arrojeis en el mundo, una limosna que hagais, un pobre que saqueis de la miseria, un campo que hagais mas fertil, un torrente cuyos estragos detengais, un camino que abrais y que aprocsimando las distancias ahorre el tiempo y la fatiga del pobre, un instrumento de trabajo que inventeis ó que perfeccioneis, una mejora que introduzcais ya sea en la tierra que cultivais ó ya en la naturaleza de los animales que criais; todos son otros tantos elementos que añadis á la riqueza de vuestro pais, y de que se aprovechan todos vuestros conciudadanos, especialmente los pobres.

Hay gastos que nada sirven para la riqueza pública, y que solo hacen que el dinero mude de sitio, haciendole pasar de las manos del que compra á las del que vende. Semejantes gastos cuando son necesarios ó útiles, tienen de bueno y ventajoso, que activando el consumo aumentan la produccion del trabajo. Mas una vez que pasan los términos de una sábia moderacion, vienen á ser dañosos y funestos; porque creen unas necesidades aparentes, en lugar de satisfacer las que son justas y reales. Tales gastos escitan en el corazon del hombre la vanidad, la codicia, la sed inmoderada del oro, el amor al lujo; y todas aquellas malas pasiones que arruinan y pervierten al estado que los sufren, y á los que los fomentan ó les han dado entrada. El mal que ellos producen es tanto mas grande, cuanto que no es fácil conocer

sus funestos resultados. Al primer acceso producen en los estados una especie de actividad que engaña y seduce: los mejores espíritus se dejan frecuentemente sorprender de esta agitacion aparente; y se persuaden que todo marcha adelante, porque todose mueve. Mas todo movimiento no es un progreso; y el hombre con toda su actividad no avanza, cuando continuamente se vuelve sobre sí mismo.

Y por tanto he aquí el punto á donde hemos llegado. El comercio y la industria, que bajo la influencia de un pensamiento cristiano, deberian formar y hacer la ventaja del pobre, la gloria de Dios, y el progreso moral de la sociedad, sirven al egoismo, á la codicia, á la vanidad y al amor del placer: y por todas partes por donde aparecen bajo semejante forma, el número de los vicios se aumenta, y el de los pobres crece á proporcion. Y si Dios con su infinita misericordia no pone un pronto remedio al mal que roe la sociedad, se verá crecer el número de los pobres á proporcion que se aumentará la riqueza; y nosotros estaremos reducidos á ver morir de hambre á nuestros hermanos en medio de los tesoros que tendrán á la vista, mientras que los ricos, embarazados con sus riquezas, no sabrán que hacer de ellas.

Cuando Cristo descendió á la tierra, quiso aunque descendiente de reyes nacer en la familia de un artesano, y vivir en un taller por espacio de treinta años. Ocultando su divino origen con el velo de su humanidad, y la ilustracion de su nacimiento segun la carne con una vida humilde y pobre, no dejó aparecer otra cosa que su caridad y sus sacrificios infinitos.

El habló á los pobres y á los pequeños; el habló á los grandes y á los ricos. A los primeros, dijo: vosotros sois dichosos. A los segundos, dijo: ¡desgraciados de vosotros! porque os es dificil la salvacion.

Cuando quiso escoger los apóstoles que predicasen su doctrina tenia ricos al rededor de sí, y los dejó: tenia pequeños y pobres, y de aquellos tomó.

Y los primeros fieles llevaban sus tesoros á los pies de los apóstoles; y todos sus bienes eran comunes, porque no tenian ni hacian mas que un cuerpo y una alma: los paganos admirados de las maravillas de su caridad, decian: ¡ved como se aman!

Mas el espíritu del cristianismo se debilitó bien pronto en el mundo: á la humildad cristiana sucedió el orgullo y el lujo; y como si no fuese bastante violar los preceptos de Cristo, se ha querido todavia disminuir su fuerza, é interpretarlos en un sentido favorable á las pasiones que debian reprimir.

Aquella sociedad cristiana que en un principio no hacia sino

un cuerpo y una alma, se ha dividido en clases. A unos se les ha dicho: vosotros podeis gozar, mientras que los otros sufren. A los otros se les ha dicho: vosotros debeis sufrir, mientras que vuestros hermanos gozan. Se les ha hecho entender á los primeros que el deber de la caridad no comienza para ellos sino despues que su alma y su cuerpo, saciados de fruiciones, nada tienen que desear.

Gozar no negandose cosa alguna; gozar concediendo á los otros lo que les queda, despues de darse á sí mismos todo cuanto codician; tal es la suerte de los ricos. Sufrir sin quejarse, cuando nada tiene; aceptar con resignacion lo que se le dá, cuando no se sabe hacer de lo que se tiene; tal es la suerte del pobre.

Lo superfluo que dá el rico, se llama limosna; y el don que de ello se hace se llama limosna y caridad. Aquella caridad que tomó su origen y principio en el corazon de Cristo, y que corrió de su cuerpo sobre la cruz como una lluvia de lágrimas y de sangre; aquella caridad mas alta que el cielo, mas ancha que la tierra, que tuvo su cumplimiento en el dolor, en el sacrificio y en la muerte, se le ha reducido á las estrechas proporciones del amor de sí mismo.

¡O Dios mio! vos no habeis querido encerrar bajo ciertos límites determinados el deber infinito de la caridad. Vos que habeis dicho tantas cosas, y revelado tantos misterios á vuestra iglesia, no habeis querido decirle, cual es el punto donde este deber principia, y cual es el punto donde acaba. Vos habeis dicho á los hombres: amad á Dios sobre todas las cosas, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos: este precepto os basta; y si lo comprendeis; sabreis lo que debeis dar á vuestros hermanos cuando tienen necesidad.

Vos no habeis querido definir lo que debe ser infinito, ni limitar lo que debe estar sin límites. Para escitar la misericordia en el corazon de vuestros hijos, vos habeis querido habitar en los pobres, y habeis dicho á los ricos: cuando veis un pobre, es á mi á quien veis. Y como si no hubiese en vuestra iglesia otro precepto que el de la misericordia y el de la caridad, vos no nos preguntareis sino una sola cosa en el dia de vuestro juicio: si os hemos dado de comer cuando teniais hambre, y de beber cuando teniais sed; si os hemos vestido cuando estavais desnudo, y visitado cuando estavais cautivo: en este caso el cielo será para nosotros, y entrarémos en vuestra gloria. Mas para aquellos que no hayan hecho todas estas cosas, serán las tinieblas esteriores, el gusano que no muere jamás, las lágrimas y el rechinar de los dientes.

Y vuestra estancia en los pobres es un misterio tan grande, que vuestros mismos escogidos no lo comprenderán, y os preguntarán con admiracion: ¿cuando hemos hecho nosotros estas cosas? ¡Tan infinitas son las maravillas de vuestra caridad!

Ningun rico esté seguro ni se consuele, diciendo: yo daré esto, y guardaré aquello; porque ninguno sabe ni lo que ha de dar, ni lo que ha de guardar. Tiemblen todos, porque lo que guardan pertenece á los pobres, y Dios les ha de pedir cuenta algun dia. Si la incertidumbre de la salvacion es una cosa terrible para todo el mundo, es cien veces mas terrible para el rico, porque el límite que determina sus obligaciones es inestimable.

Yo no sé, Señor, y nadie puede decirme que es lo que yo debo dar á vuestros pobres. Solamente sé que en el precepto de la caridad, está encerrada toda la ley: solamente sé que si yo estuviese necesitado, si yo no tuviese un pedazo de pan para mis hijos, imploraré en su favor el cielo y la tierra, y fatigaré á los ricos con mis llantos y con mis súplicas.

Temed, temblad, contristaos, ¡ó vosotros los que sois ricos! porque si hay necesidades comunes que no ecsigen de vuestra parte grandes limosnas, hay tambien necesidades estremas, en las que ningun sacrificio os debe ser caro, y en las que debeis al pobre todo lo que no os es indispensable.

Yo he visto hombres colmados de riquezas sentarse alegres y contentos en un espléndido banquete. Mientras que los vinos mas preciosos chispeaban en las copas de cristal, y se les servia en platos de plata los manjares mas esquisitos, un pobre se estaba muriendo de hambre á la puerta, y acompañaba con su resuello ronco de la agonía y de la muerte los gritos tumultuosos de los ricos y sus cánticos libertinos: yo no me admiré al ver mas tarde encenderse la cólera de Dios, y herir con sus golpes á los que así habian violado la caridad.

No echeis en cara, á esos ricos sin entrañas, la dureza de su alma; porque ellos se han formado sus doctrinas, sobre las cuales duerme y descansa su egoismo. Ellos se han imaginado, ¡desgraciados! que su lujo es una ventaja para el pobre, y que sus gastos inicuos son en provecho de los indigentes. Ellos han hallado así el medio de asegurar su conciencia, y de conciliar los deberes con la satisfaccion del placer.

Quieren dar un pedazo de pan á vuestros pobres, ¡ó Dios mio! pero con la condicion de sumergir su alma y su cuerpo en los vergonzosos deleites de los festines. Quieren sacar de sus tesoros algunas piezas de oro; pero es para cubrirse con magníficos vestidos, con los cuales pretenden ocultar el vacio inmenso de

su corazon. Quieren consolar á aquellos que lloran; pero es dejando divagar sus pensamientos y deseos por los movimientos rápidos de una danza voluptuosa.

¿Por qué lloras, pobre madre? ¿Por qué tu hijo, la flor de tu alma, se marchita en tu seno? ¿No oyes el ruido de los instrumentos que convidan á danzar á los ricos, cuya suerte tu envidias? ¿Aquella jóven madre llena de hermosura, y adornada con aderezos relumbrantes, no vá á divertirse por tí?

¿Por que te desconsuelas, jóven y casta doncella, cuya miseria espone tu inocencia, y que dudas si deberás ceder á las instancias del libertino que te persigue para librar á tu viejo padre de las puertas de la muerte? Consuélate; porque en este mismo momento un baile para los pobres le llama y le invita al placer; y por salvarte á tí, muchas mugeres van allí á perderse, y prenderse puede ser en sus redes.

¡Consolaos, yo os lo digo! consolaos, ¡ó pobres que no sabeis que nuevas penas os traerá el dia de mañana, porque hoy los ricos son dichosos y se divierten por vosotros! Se les ha dicho que vosotros sufris, y ellos han respondido: alegrémonos pues por aquellos que sufren. Se les ha dicho que vosotros no teneis vestido, y ellos han respondido: tomémos y pongámonos nuestros vestidos de fiesta. Se les ha dicho que vosotros no teneis pan, y ellos han gritado: emborrachémonos. Se les ha dicho que vosotros llorais, y ellos han respondido: riamos y cantémos; porque si nuestros cánticos no socorren á los pobres, á lo menos impedirán que oigamos sus gemidos y sus llantos.

Por justificar su vida y su indiferencia para con el pobre, los ricos se han persuadido que el lujo les es útil á los pobres, dándoles ocasion para trabajar; que el lujo ánima el comercio, y desarroya la industria: ellos no cesan de enumerar las ventajas que atrae á los pueblos y á los estados.

¡Mentira, engaño, hipocresía! yo no sé hasta que punto el lujo puede ser útil, y puede hacer el bienestar de una nacion. Lo que yo sé, de lo que yo estoy cierto és, que la religion de Cristo lo condena, con todas las vanidades y pompas del mundo. Lo que yo se, es que un pueblo no sabrá jamás levantarse violando la ley de Dios, y que jamás el pecado podrá darle ni dicha ni gloria.

Lo que yo sé, lo que la esperiencia de todos los siglos me enseña, es que todas las naciones cuyo poder ha caido, ha sido por el lujo, el cual despues de haber debilitado su vigor, las ha corrompido, las ha arruinado, las ha aniquilado. Lo que yo sé, lo que yo veo con mis propios ojos, es que un malestar indefinible atormenta hoy á los pueblos, cuyo lujo ha corrompido las costumbres

y suscitado el orgullo; y que jamás el número de los pobres ha sido tan grande, ni su miseria tan lamentable: mientras que yo veo prosperar á aquellos que se distinguen por la simplicidad de sus costumbres y de su vida.

XLVI.

A los ricos para que en su testamento piensen en los pobres.

No hay cosa mas grande que un testamento; quiero decir en una sociedad donde el orgullo no ha desechado la fé, y donde la codicia no ha marchitado la esperanza.

Un testamento, es el testimonio eterno de un hombre que no vive ya en el tiempo; es el último rayo de su pensamiento, que desde el cielo llega á aquellos que ha amado acá en la tierra; semejante á aquellas hermosas huellas de luz que el sol deja sobre su camino, como una prenda de su vuelta prócsima, cuando va á comunicar sus resplandores y su calor á otros confines, ó regiones.

Es una última chispa de calor que el corazon envia á aquellos que ha querido sobre la tierra, para que puedan calentar aquí sus recuerdos: es una voz de amistad que sale de un sepulcro, y que os dice: piensa en mí, yo te amo siempre: es un perfume de la otra vida que sale de una alma á quien vos habeis amado en ésta, y que embalsama las tristezas de vuestro corazon: es un hermano cuya alma, desde lo alto del cielo, mira la vuestra: es un amigo que os estiende la mano, apesar de los abismos de la muerte que le separan de vos: es un vínculo entre el tiempo y la eternidad. Un testamento es una voluntad tan fuerte, que la muerte no puede quebrarla: es una luz del corazon tan viva, que las tinieblas del sepulcro no pueden oscurecerla. El que deja un testamento no muere jamas; porque deja despues de sí su pensamiento, y su voluntad continúa estando presente á aquellos á quienes ha amado durante su vida.

Cualquiera que tenga un corazon y una voluntad no debe morir sin testamento, por no dejar sin una prenda de su ternura á los que ha amado acá en la tierra.

El testamento que no hace mension del pobre desagrada á Dios; mas el hombre que hace limosna despues de su muerte siembra de súplicas el camino por donde su alma debe pasar.

Si teneis poco, y dejais hijos, dad poco á los pobres; pero dadles cualquiera cosa, para que el mundo vea que vuestro corazon ha sido mas ancho que el círculo de vuestra familia, y para que los pobres vayan á rogar por vosotros á la iglesia al rededor de vuestro féretro.

Yo he visto hombres que han muerto en la opulencia, y que han dejado sus bienes á parientes lejanos que apenas conocen el nombre, sin pensar ni en el huérfano ni en el pobre, y he dicho: ¿por qué abusa asi el hombre de vuestros dones, ó Dios mio?

¿Los huérfanos no son los hijos de aquel que muere sin posteridad? ¿Los pobres no son la familia de aquel que muere sin ella? ¿En qué vendrán á parar el pobre y el huérfano, si el rico que nada les ha dado durante su vida, nada les deja despues de su muerte?

Si teneis hijos, dad poco á los pobres; dadles mas, si no teneis mas que hermanos; dadles todavia mas, si no dejais despues de vosotros sino los hijos de vuestros hormanos; dadles la mas grande parte de vuestra fortuna, sino dejais parientes despues de vosotros.

Pocos pobres habria sobre la tierra, si todos aquellos á quienes Dios ha dado los bienes de este mundo, pensasen en aquellos á quienes les ha privado de ellos, antes de dejar esta vida para ir á comparecer delante de él; y si en el momento en que la muerte arranca los tesoros de sus manos, diesen una parte á los que nada tienen.

Bien pronto cada pueblo tendria un asilo y una escuela para los niños; un lugar de refugio para el huérfano que no sabe donde reposar su corazon; un hospital para el pobre que está enfermo, y que no puede reclamar la asistencia de aquellos que ama; un hospicio para el viejo imposibilitado, á quien la fatiga y el trabajo ha encorbado el cuerpo hácia la tierra, y que apenas puede ir arrastrando á la puerta del rico para mendigar allí su pan.

El amor de la familia ha estrechado el corazon y le ha endurecido, porque la caridad no entra en él como motivo, ni el espíritu de Dios le anima. El corazon ha venido á ser carne y sangre; sus afectos no pueden levantar el peso de carne que pesa sobre ellos, y alcanzar el vuelo sublime de la caridad que ama al hombre por él mismo y por Dios.

En aquellos tiempos en que la fé gobernaba los afectos del hombre, los ricos daban frecuentemente á los pobres una parte de su fortuna, y aun alguna vez todos sus bienes: asi es como se formaron aquellos monasterios ricos y poderosos, donde el estrangero hallaba siempre una hospitalidad benévola, y de donde el pobre jamás salia con el corazon triste y las manos vacias.

El bien de los monasterios era el bien de los pobres: á un convento iba el pobre á buscar trabajo mientras tenia brazos y juventud; y cuando la vejez ó las enfermedades le imposibilitaban para trabajar, todavia encontraba allí el pan para alimentarse, y el vino para restablecer sus fuerzas perdidas. El que daba á los monasterios hacia lo que hacen hoy los que dan sus bienes á un pueblo de vecindario, para que los pobres gocen de ellos y se alivie su miseria. El monasterio era como el cuerpo municipal de los pobres, y los monges que le habitaban no eran mas que administradores de sus bienes.

Y aun cuando la relajacion de costumbres y el espíritu del mundo hubiesen debilitado el espíritu de la regla, lo que únicamente se les tachaba, era que favorecian la pereza con limosnas demasiado abundantes y hechas sin discernimiento.

Y cuando los pueblos echaron mano de los bienes de los monasterios, en lugar de emplearlos de una manera conforme á las intenciones de aquellos que los habian dado, dejaron que la codicia se cebase; y aquellos bienes que hubieran podido enriquecer los pueblos y destruir por todas partes la ignorancia y la miseria, han servido para ruina de los mismos, aumentando el lujo y el poder de los que les oprimen.

No olvideis los pobres, ¡ó vosotros los que quereis dejar despues de vuestra muerte un testimonio de vuestra voluntad! no permitais que vuestra familia os haga mirar con negligencia aquella otra que Dios ha ligado á vuestro espíritu y corazon con los vínculos mas estrechos de la fé y de la caridad.

Acordaos que Cristo ama á los pequeños y á los pobres con un amor de preferencia; y á los que son suyos les anima de su espíritu, y derrama en su corazon los mismos amores y los mismos pensamientos que hay en el suyo.

XLVII.

A la clase media.

En otro tiempo no había sino dos clases en las naciones, la de los ricos y la de los pobres: un inmenso abismo las separaba; y los ricos tenian el poder y la fuerza, y la debilidad era la porcion del pobre.

Mas el rico y el pobre, aunque separados en otra parte, se reunian en un mismo templo, se arrodillaban ante un mismo altar, se sentaban á la misma mesa para comer la misma carne y beber

la misma sangre, vivian de la misma fé, gozaban de una misma esperanza, oraban la misma súplica, y obedecian á un mismo pastor. Todos abrazaban la misma cruz, y sobre aquella cruz se abrazaban en un comun amor.

La religion reunia aquellas dos mitades, que no intentaban continuamente sino separarse, y la unidad de la fé preparaba y hacia posible la unidad social y política, que mas tarde debia desarrollarse.

El deseo de gozar de sus riquezas produjo en los que las poseian nuevas necesidades; y como la agricultura, que no produce sino las cosas necesarias para la vida, no bastaba para satisfacer aquellas necesidades, se introdujeron nuevas profesiones en la sociedad: entre el labrador aplicado al terrazgo y el señor aplicado á su espada, se levantó una y otra clase de hombres, cuya ocupacion era trabajar y perfeccionar los productos de la tierra, aumentando su valor, reuniendo á la utilidad los adornos que agradan, y haciéndolos á la vez mas hermosos y mas cómodos.

Nació la industria; ésta produjo el comercio, y en retorno el comercio perfeccionó la industria: los pueblos se encontraron en las ciudades que servian de depósitos á sus productos, se dieron la mano en las transaciones comerciales, y se reconocieron por hermanos: ellos comprendieron que partian de un mismo punto, que caminaban á un mismo fin, y que era preciso unirse y marchar juntos para llegar mas pronto.

La industria reunia los hombres, porque conocia que aquellos que debian trabajar juntos, debian habitar en un mismo lugar: asi es como los pueblos vinieron á ser villas, las villas vinieron á ser ciudades florecientes, y las ciudades vinieron á hacerse estados libres é independientes: y el comercio, hijo de la industria, trazó caminos, abrió canales, dulcificó la corriente de los rios, para que los productos de un pueblo pudiesen ir mas cómodamente y con mas prontitud á los pueblos que los pedian.

En todas partes en donde el comercio y la industria florecieron, el pueblo adquirió la libertad, y la servidumbre fué desapareciendo poco á poco; se formó el cuerpo municipal, apoyo de todas las libertades y de todos los derechos; constituciones maduradas y sazonadas por el tiempo y desarrolladas por la historia garantizaron el órden y la libertad, y repartieron con mas equidad los derechos y los deberes; las ciencias y las artes tomaron un vuelo rápido, y el trabajo vino á ser el origen mas fecundo de la riqueza y del poder.

Por el contrario, en todas partes donde el trabajo quedó fijo sobre la tierra, la historia quedó inmovil; los siglos que pasaban